

## La Llorona

Esa que ahogó a sus hijos, para vengarse de un marido que la abandonó. Ese personaje ficticio lleno de rencor, que ahora está condenado a sufrir en una búsqueda eterna e infructuosa del perdón, o quizás, del suyo propio.

Últimamente la hemos convertido en una exagerada y patética imagen que a algunos con mente infantil, asusta, y que a otros, da risa. La usamos como un simple instrumento de amenaza. Cómo alguien ajeno con el que no hay que meterse, - ¡Cuidado! Sus ojos llenos de lágrimas le nublan la vista, y se confunde, y se puede llevar a los niños malcriados que se alejan sin permiso de su casa

Sin embargo, ella representa mucho más. Es el estandarte de la autodestrucción y la aflicción. Muchos pueblos la tienen dentro de sus culturas, con distintas variantes, pero en el fondo su significado siempre es el mismo.

La Llorona anda por allá afuera. Viste de negro. Un luto riguroso que no le ayuda a aplacar ese inmenso dolor que le estruja sin piedad el corazón. Una estampa sombría, que a quien tenga la mala fortuna de ver, le significará la pérdida y la desolación. Los más observadores saben cuando se acerca. Se oscurece el día y la brisa se encarga de impregnar el ambiente de olor a muerte. De pronto aparece su triste e inconfundible silueta, vagando perdida entre la bruma espesa. Se acerca llorosa, como un fantasma con su rostro pálido y demacrado rodeado por una cabellera tomada con descuido, que ni siquiera tiene tiempo para peinar. Apenas come, Apenas duerme. Casi arrastra sus pies cansados de recorrer, y parece que su delgada figura se va a quebrar en cada paso, pero ni siquiera por eso nos da lástima. Está sola porque no perdonamos lo que hizo ¿Quién podría comprender un crimen tan infame... Tan cobarde. Sus hijos ya no están en este mundo, y esa es su muerte en vida. Se merece ese castigo, y mil más. Nos alegra que su tormento sea un eterno buscar sin encontrar.

## La Fiura

¿La Fiura es fea?

Fea es una palabra que no la describe.

No es una persona ni un animal, pero su similitud con nosotros la acerca tanto a nuestro mundo, que me estremezco de sólo imaginarla.

La Fiura es una criatura de contextura más bien perversa. El engendro más horroroso que los ojos humanos han visto alguna vez. Suele sentarse en las rocas, a la orilla de una vertiente a peinarse con un peine de plata. Pero por más que lo intente, no logra imitarnos.

Carente de sensualidad, cepilla su larga cabellera opaca y pajosa, adherida al pellejo reseco de su piel. De cuando en cuando, estira su cuello para contemplar su reflejo en algún desafortunado charco de agua. Sus abultados pechos lucen grotescos, al igual que sus deformes extremidades que acompañan a un cuerpo insignificante. Sin embargo, ella danza seductoramente agitando su pollera colorada, buscando una persona o un animal que satisfaga sus más bajos instintos.

Pero este repulsivo monstruo, no soporta que rechacen sus requerimientos sexuales. Sí eso ocurre sería fatal, porque sus deseos se transforman en sentimientos vengativos que sólo pueden hacer daño.

Con degenerado despecho y una fuerza sobrehumana, atrae a su víctima y exhala su nauseabundo y poderoso aliento sobre ella, logrando retorcer sus huesos como sí estuvieran hechos de papel. Ni siquiera les otorga la benevolencia de la muerte. Su crueldad es tanta, que las abandona a su suerte, y se aleja hasta desaparecer entre las rocas.

## La Pincoya

...Todos los de la superficie tratan de agradarla. Es muy importante rendirle tributo y mantenerla feliz. Viene en representación de uno de los seres más poderosos y respetados del mar. Guardián de todo lo que en él acontece. El Millalobo.

Su hija predilecta viaja desde las profundidades del océano, para entregar el esperado obsequio que su padre da a los pescadores de la isla, siempre que esté satisfecho con el trato que han dado a sus dominios.

El ambiente de bullicio y algarabía seduce la silueta alegre y juvenil de la Pincoya, que curiosa, dirige sus pasos a la orilla de la playa. Ahí, invitada por el rítmico sonido de las olas, comienza una suave y dulce danza. Ningún habitante del mar quiere perderse el fascinante espectáculo, y gran variedad de peces acuden por cientos y casi pelean por obtener un mejor lugar para verla. Ellos saben que ese baile es el augurio de su muerte. Que los va a hechizar con su encanto convirtiéndolos en ofrenda viva, entregada con sumisión a su destino. Pero observarla danzar generosa con los brazos extendidos hacia el mar, aunque sólo sea por unos segundos, justifica cualquier final.

En cada movimiento, desliza su larga y frondosa cabellera que resplandece como el oro, dejando ver su piel desnuda y brillante de arena, semi oculta entre su vestimenta de algas. En su graciosa danza, recorre la playa sembrando mariscos con sus fértiles manos, asegurando abundancia de alimentos para todas las bocas del pueblo, pero hay, sí algo no es de su gusto. Sí un infeliz ha cometido algún desatino contra el mar. Eso molestará a la Pincoya, que con el alma justa heredada de su padre, no querrá mirar el mar y danzará ofendida mirando hacia la tierra, provocando la escasez de alimento por toda esa temporada.

## **El Caleuche**

En noches de aguas tranquilas y abundante bruma, el imponente Caleuche navega en los canales del archipiélago de Chiloé.

Este misterioso barco, además de servir como refugio a los brujos y a las almas de los pescadores náufragos que perecieron ahogados, tiene por misión custodiar los mares y los tesoros que yacen sepultados en el fondo.

El Caleuche es casi imposible de ver, ya que ante cualquier mirada curiosa, adquiere la forma de una escurridiza foca, o un tronco de árbol que flota a la deriva. Sin embargo, por razones desconocidas, a veces no desaparece y castiga severamente a los intrusos, torciéndoles la boca o causándoles incluso la muerte.

Los afortunados que han logrado salvar con vida, cuentan maravillados, visiones que jamás podrán olvidar.

Dicen que bajo la incesante lluvia pueden oírse melodías de instrumentos nunca antes escuchados, amenizando bulliciosos y alegres festejos. Entonces, perdido entre la espesa niebla comienza su aparición el fulgurante espectro, avanzando lento con sus velas desplegadas al viento, e iluminando todo lo que hay a su alrededor.

Dicen también que es un barco mágico, que puede navegar sumergido en las frías aguas que rodean la isla, con la misma facilidad que lo hace un pez, y que tiene el poder de permitir a su especial tripulación de ahogados que han vuelto a la vida, visitar cada cierto tiempo a sus afligidas familias, y así poder llevarles tesoros que tapen el daño económico en el que se las dejó. Por eso cuando un comerciante se ha hecho de fortuna con demasiada rapidez, se sospecha que algún contacto con la tripulación del barco fantasma ha tenido.

## Retrato

¿De qué color pinto  
Tu pelo azabache  
Hilvanado de seda  
Misterioso y profundo  
Con mil y una historias  
Aún por contar?

¿De qué color pinto  
Tu nariz insinuada  
Con miles de aromas  
Aún por vivir?

Tu frente tan amplia,  
¿La pinto de cielo?

Tus ojos de perla  
Que miran curiosos  
¿Los pinto de noche?

¿Dibujo una ronda  
En tu rostro dorado?

Tus dedos novatos  
Que encantan el Cello  
De suaves lamentos  
Con cuerdas aciagas  
Y cuerdas alegres  
¿Los pinto también?

¿Qué pasa en tu pecho  
Que todo ilumina,  
Que muestra el destino  
Y enciende la fe?  
¿Lo pinto de estrellas?  
¿Lo pinto de sol?

¿De qué color pinto  
Tu voz tan bonita  
Murmullo de rosas  
Canción de un amor

¿Delineo tu risa  
Tan llena de vida?  
¿Delineo el camino  
Al que ha de llevar?

¿Y qué tal si pinto  
Tus lágrimas dulces  
Que ríen de día  
Y callan de noche?

Si pinto tus sueños  
Y oculto tus miedos  
¿Me harás un poema?

Si pinto tu alma,  
¿Me consolarás?

### **Sin puerto**

Puedo vivir sin ser feliz.  
Sólo debo leer y releer un poema tuyo

Puedo vivir sin ser feliz.  
Y mil veces mirar  
Tus ojos desvanecidos  
Sin puerto que los abrigue.

Esperar imperturbable  
Recostada en tierra firme  
Repitiendo eternamente  
Las letras de mi nombre  
Empapadas de tu voz

Besar tus labios fríos  
O ver tu sombra dispersa  
Entre olas inquietas de luna  
Cruzando mi barca vacía  
Con el sol en la mano extendida.

Puedo vivir siendo feliz,  
Si tan sólo me pides que lo sea.

## **Donde están**

Alguien tuvo miedo de tus ojos  
Y ahora no me puedo balancear

Niebla cobarde  
Que te ocultas en la plaza  
Y detienes el viento  
Niebla maligna  
Que ningún dios  
Vio nacer

Un día triste  
Allanaste el destino  
Fingiéndome dulces de miel  
Oscureciste el cielo claro  
Y obligaste al invierno a quedarse

Llenaste de arena  
Sus corazones fuertes  
Para asegurar que un día  
No golpearían tu puerta cerrada

Y me quedé desnuda  
Sin siquiera un beso  
Y ya no me pude balancear

## **Paisaje**

Una vez vi un fantasma en el fondo de un sueño  
Llovía  
Nubes cerradas  
Espectro de olvido

Calles desiertas perdidas en bruma  
Blancas  
Vacías  
Su nombre escribían

Torres malditas  
De orgullo esculpidas  
En crueles ataques cortaban el cielo

Sombras brincaban por las cornisas

Despertando voces de piedra sin vida

Fui testigo de un paisaje sin nombre  
Donde mil gritos mudos me veían  
Donde el sol se apagaba con cantos rituales  
Y no había horizonte que guiara los pasos

La muerte acechaba  
Respiraba mi aliento  
Mis ojos caían pesados de horror

Corría el espanto  
Temblaba mi cuerpo  
Mi alma temblaba  
Desnuda de abrigo  
Mis pies escapaban

Dondequiera que fuera  
Sin moverme escondida  
Temblaba mi cuerpo  
Mi alma temblaba

Rezaba  
Rogaba  
En súplica a un dios

Esa vez, no te esperaba  
Mis pies se perdían descalzos de ti

### **La gata**

A Froda

Camina elegante  
Camina sinuosa  
Callejea caliente  
La gata esta noche

Sus ojos celestes  
Sus medias oscuras  
Callejea caliente  
La gata esta noche

Acecha a un pichón  
Desgraciado infeliz

Saciará sus instintos  
Servirá de alimento  
A la gata esta noche

Volverá satisfecha  
Con una sonrisa  
Se asomará a la ventana  
Como todas las noches

### ***Detrás de mis ojos***

No sé cómo lo sabía. No recuerdo cuando informaron que el joven había muerto. Ni siquiera lo lamenté. Sólo me atormentaba estar tan débil, y seguir sus mismos pasos. De algún modo, entendía que esos focos de luz perdidos en la solitaria y fría oscuridad, me anunciaban un ciego futuro.

Tras los ventanales y a pesar de la penumbra, distinguía a uno que otra persona abriendo unas cajas que reconocí de inmediato. En más de alguna película había visto transportar órganos humanos. Ante esta visión, no tardaron en aparecer las inquietas preguntas: ¿Por qué me tenían allí? ¿Me iba a morir? ¿Querían mis órganos? ¿Acaso pensaban que estaba muerta? Sí no era así ¿Qué esperaban para sacarme de ese lugar?... Nada de nada como respuesta. Ni una miserable palabra que me diera una pista de lo que me aguardaba. Reconozco sí, que era mucho peor tener que soportar las decepciones. Desde donde me tenían acostada, podía ver las iluminadas escalinatas por las que bajaba alguien, de vez en cuando. Llena de esperanza, creía que venían para llevarme a una sala de recuperación, y mi corazón volvía a latir fuerte por si era necesario demostrar cuanta vida albergaba, sin embargo, muy pronto comprendía que yo era la única que podía oírlo, y que mi persona no era la causa de la visita al subterráneo. Eso digería, cuando unas sombras en movimiento captaron mi desilusionada atención. Se movían sobre mi cabeza sin rozarme. Eran los brazos de alguien que tal vez pudiera ayudarme, pero que al parecer, mi lánguida apariencia sólo le provocaba desinterés.

Comencé a sentir un aire frío que me provocó un gran, pero indeciso temor. Me resistía a creer que estuvieran tratando de mantenerme fría. ¿Cómo podían equivocarse de ese modo? Yo estaba viva, y pretendía seguir igual. Era imposible que no se dieran cuenta. El enojo dio paso al raciocinio, que se detuvo a evaluar la situación. Estaba muy claro. Desconocía lo que me tenía deparada la providencia, pero por ahora

debía resistir. No importaba cuanto se alargara la noche, no debía dormirme.

Al pasar de las horas el frío se esfumó, y el cansancio se hizo mi única compañía. ¿Habrían entendido que mi respiración no se iba a detener por nada del mundo?

Voces muy familiares me apartaron de mis cavilaciones.

- Hay que sacarla de aquí... pronto...

Mis hermanas no podían aparecer en mejor momento (Al fin era libre como Icaro con sus alas de cera) Llevaron mi camilla a un lugar grande, sombrío y sucio. Muy parecido a un taller mecánico, y sin más salida que una enorme cortina metálica.

- Rápido. Usa esto.

Me di cuenta que habían logrado abrirla, cuando la habitación se iluminó por completo...

Desde la nada, volvió a aparecer ante mí, la pantalla de la computadora.

- Gabi...¿hubo algún problema con mis órganos, cuando estuve en el hospital?
- ¿No te contaron que cuando agonizabas, había varios doctores muy preocupados por ti? Entre tanta tragedia era como alentador el interés que despertabas, pero después de conocer tu historial médico, se esfumaron. Luego mi mamá supo que se trataba de un equipo de trasplante... ¿Por qué?
- Nada importante... recordé un sueño que tuve allá ...

Aproveché que ella estaba distraída mirando televisión, para ahogar lo que sentía. Una mezcla entre rabia y pena, aguardaban su turno en mi corazón. Me torturaba pensando que el abandono, debió haber sido demasiado evidente como para que una moribunda llegara a percibirlo en sus sueños. ¿Por qué habían renunciado a salvarme, si dentro de mí aún quedaba tanta vida? ¿Habían hecho hasta lo imposible? Sí se trataba de salvar una vida, ¿Por qué no eligieron salvar la mía? ¿Estaba siendo injusta? No lo sabía, pero tenía tanta rabia que no podía ver más allá de mi nariz.

Los siguientes días fueron difíciles. Era complicado asumir ante mi familia, que después de tantos años, me perturbaba algo que nunca pasó. Tuve que disimularlo revisando los difíciles años que han transcurrido, para no permitir que aquella soledad que me absorbía, debilitara nuevamente mi vida.

Recordé el rostro de mi esposo con esa voz que me había hecho vibrar durante años, y que entonces casi me rogaba en un suplicante susurro, que abriera los ojos. En esos momentos, mis párpados pesaban más que dos lápidas selladas, pero el familiar sonido de mi nombre en sus labios no me dejó alternativa. No sospeché que al obedecer, sería testigo de los episodios que cambiarían mi destino y el de todas las personas que me rodeaban.

Fue hace siete años cuando yacía en un hospital, inmóvil, casi sin oxígeno, y sin saber que estaba muriendo. Apenas había un poco de fuerza para hacer latir mi corazón, sin embargo, incansable, yo trataba de respirar. Entre un sopor delirante e imágenes incoherentes, me apresuraba por dejar entrar aire a mis pulmones una vez más. Era tan difícil que no pasó mucho tiempo, antes de que se transformara en un trabajo demasiado pesado. No obstante, algo más fuerte que yo, me obligó a continuar hasta más allá de lo que mi cuerpo podía resistir. Aún así, hubo un instante en que me venció el agotamiento, y el sueño logró atraparme con facilidad. Por fortuna, todo en mí siguió funcionando, y pude despertar otra vez. En todo caso, no fue un regreso que se pudiera tildar de provechoso. Escuchaba muy lejos a Mariano, exigiéndome permanecer tranquila. También distinguía caras desconocidas que bajaban la cabeza en una negativa poco alentadora. Ajena a todo, yo continuaba mi tarea hasta hundirme en una laguna de sueños y pesadillas incomprensibles.

A pesar de este confuso vacío que me rodeaba, no me es posible olvidar el peor dolor que he experimentado hasta ahora. No es que fuera tan agudo, sino que era interminable. Tan indiferente. Demasiado cruel, al no querer comprender el daño que me hacía. Supongo que el causante de mi martirio era un simple tubo, porque escuché muchas veces la palabra "entubar", gracias a la cual mi mente delirante, inventó sangrientos sucesos dignos del cine de terror. Es lamentable pero no me equivoqué del todo, ya que alguien introdujo sin piedad un duro pedazo de plástico en mi garganta, y lo abandonó ahí, por más tiempo del que quisiera contar. Creo que el supuesto tubo era grande para mí, y cada vez que hacía ese movimiento para tragar la saliva, sentía como si se me enterrara hasta el alma. Después me enteraría que aquel

aparato que nunca me interesó conocer, se usaba con un respirador que me acompañó por un periodo. Al final, aquel sufrimiento terminó, y comenzó un segundo y serio traspié. Una fiebre muy alta se encargó de empeorar mi situación.

Es tan vago lo que recuerdo, que no sabría como revivirlo en mi memoria. Sé que estaba en peligro. Que era algo así como un duelo que todos temían que perdiera. En instantes de lucidez veía a Mariano concentrado poniendo toallas mojadas en mi frente, y diciendo palabras que nunca escuché. Yo trataba de aferrármele con todo mi ser, para no caer en esa corriente de pesadillas carentes de sentido, pero los fervientes deseos no siempre resultan, y sólo pude hacerlo cuando mi temperatura bajó a niveles normales.

Ya recuperada de la fiebre pude restablecer el perdido diálogo, contestando a las preguntas con un lento abrir y cerrar de párpados. Me sentía tan débil, que no me pregunté sí había alguna razón para no hablar, o sí algo me impedía salir de ahí. Responder así, era lo que me estaban pidiendo, y eso hacía. Lentamente, revelándoseme de distintas maneras, fui comprendiendo muchas cosas. Al principio, varias de ellas estaban claras sólo en mi inconsciente, y tardaron bastante en hacerse presentes. Por ejemplo, que todo ese edificio lleno de ventanales era un hospital, y que yo era la enferma. Aunque estaba casi segura de su irrealdad, pues no me explicaba en qué momento mi hermana pequeña había estudiado enfermería, y estaba ahí, cuidándome. ¿Por qué? ¿De qué? Era una locura psicodélica, que mi agotada cabeza se negaba a aceptar. Cerraba los ojos con la esperanza de que todo estuviera normal cuando los abriera. Era tan obvio que debía ser un sueño desagradable. El único detalle perturbador, era esa maldita lógica irrefutable que se mantenía inamovible.

Otra cosa que no capté de inmediato, es que mi familia era la única que se comunicaba conmigo. Ellos copaban todas mis necesidades afectivas. Al menos eso fue lo que sentí por un rato, ya que me invadió un vacío y soledad indescriptibles al descubrir que ahí, no creían que pudiera vivir. Que era mi propia suerte, la que se encargaría de anunciar que había sobrevivido. Deben haber pensado que era sólo una vida de tantas, pero olvidaron que para mí era la única. Mi vanidad se negaba a aceptar que mi vida perdía toda importancia frente a "las próximas vacaciones". Me acuerdo que sus anhelos por salir, hacían eco en mi cabeza, y me daba tanto miedo quedarme sola. En todo momento trataba de moverme y de gritar que yo estaba ahí, que no me dejaran, que me ayudaran, pero nadie se detenía a escuchar mis

silenciosos gritos de auxilio. Habían determinado que yo estaba inconsciente y en estado de shock. Una sentencia que no necesitaba y que por suerte mi familia no admitió ni me dejó conocer.

Sin notarlo pasaron los días, y mi etérea tranquilidad siguió esfumándose con eventos cotidianos que no hacían más que refregarme en la cara, que no podía moverme ni hablar. En una ocasión me encontraba absorta mirando hacia la nada, cuando me pareció advertir una delgada manguera conectada a mí por alguna parte. No sé por qué lo sabía, sí esta bajaba desde una máquina que estaba puesta en un pedestal metálico, hasta desaparecer sin dejar rastro, bajo mi ropa de cama. El asunto es que la máquina, de tanto en tanto, se ponía a pitear de manera escandalosa. Una chica se acercaba para enterarse de lo que pasaba y luego varias rodeaban mi cama, diciendo cosas como:

- Se tapó, ¡se tapó!
- ¿A ver? Déjame probar a mí.
- ¡Échale agua tibia!

Yo por mientras hacía una de las únicas cosas que podía hacer. Transpiraba de pánico de sólo pensar que estaba viva gracias a esa máquina, y en esos momentos se le antojaba fallar. Ya estando en mi casa me enteré de que ese instrumento era para alimentarme, y el pánico dio lugar a una vulgar inquietud (Ahora me parece gracioso pero en esa época, nunca lo fue)

Más adelante creo, caí en una pieza con la señora Isolina que era muy vieja (me lo debe haber dicho Mariano, porque yo nunca la vi), y junto a la señora Rosa, a la que veía desde mi cama. La señora Rosa era una señora gorda, que durante gran parte del tiempo que estuvo ahí, se tiraba del pijama queriendo quitárselo porque no soportaba el calor. Entre varias enfermeras trataban de impedirselo mientras recibían groseras ofensas. Perdonables en todo caso, porque creo que ella tenía meningitis y ardía en fiebre. Observaba atentamente todo este espectáculo que me hacía olvidar mis malestares, hasta que llegó un momento en el que me empecé a asustar, y yo también comencé a sentirme como una prisionera a la que no iban a dejar regresar nunca a casa. El estar ahí temerosa de mi suerte, me dio tiempo para pensar que aquella no era una situación que pudiera afrontar yo sola, y para mi sorpresa, yo muy incrédula pensé que de todas formas necesitaba que

Dios me tendiera una mano. Y así lo hizo. Cosa que siempre le agradeceré mucho.

Llegó la hora de regresar a casa. Yo estaba tan contenta. Ese lugar se había convertido en mi peor pesadilla. No sólo me iba, era la posibilidad de que toda esa ridícula situación desapareciera. Sí bien parte de mí ya daba por aceptada esa verdad, me era imposible abandonar esa pequeña e ilógica esperanza de que fuera otra mentira de mi inconsciente. Rogaba para que en el hospital, no se dieran cuenta que todavía me sentía mal y se arrepintieran de mi partida. Cerré los ojos y eludí sus miradas durante todo el trayecto. Primero me sacaron por una puerta y atravesamos por el pasillo del quinto piso. Atrás quedaban esos fríos y laberínticos muros que ya odiaba. Podía escuchar el agradable sonido que hacían las ruedas al avanzar. Guiaba la camilla una amiga, ya que mi mamá realizaba tramites para mi salida en el otro extremo del hospital. Nos detuvimos unos instantes para que ella pudiera hacer unas consultas a la señorita del mesón. Me dejó disfrutando la hermosa luz del sol que entraba por la ventana. Parecía que habían pasado siglos, sin que pudiera ver luz natural. De pronto se esfumó todo el encanto. Definitivamente fue como un balde de agua fría. Una enfermera jaló la camilla y dijo con voz muy segura.

- Esta niña debe bajar a rayos

Mi corazón agitado y queriendo abandonar mi pecho, trataba de explicar el tremendo error. Todo gritaba dentro de mí, pero aun así, no lograba decir palabra y aclarar que me habían dado de alta, que todo era legal, que en otra parte se hacía el papeleo necesario. Quería llorar de impotencia, pero no dije nada y no me moví ni un milímetro. Fui llevada cual marioneta, sin que yo pudiera hacer algo.

Ya en rayos o cualquier lugar donde me dejaron, fui puesta en máquinas que me causaron grandes dolores de estómago, sin embargo, terminaron rápido. En cambio la profunda decepción y la pena, se quedaron conmigo. Se me pasó un poco la tristeza, cuando pensé que había sido otra engañosa treta de mi mente, pues no vi ni a Mariano, ni a mis lloronas hermanas, ni siquiera a mi papá. Claro que podían estar ayudando a mi mamá, ¿pero los cinco?. Después de todo, se supone que yo era el paquete importante.

Ya superada mi fantasiosa y fracasada huida, siguió pasando el tiempo con una calma enloquecedora. Quizás por eso no me incomodó, la vez que Mariano se peleó con una enfermera. Es que acababa de ingresar a la sala, y sólo alcanzó a decirme un par de cosas. Ahí entra ella, que

con el mismo tono prepotente que utilizaría un dictador, le dice que salga de inmediato. Nunca sabré por que fue tan poco amable con él. Es cierto que éramos varias pacientes, y que el procedimiento que tenía que hacerse, era privado, pero no le costaba nada haber sido amable. Eh conocido a varias enfermeras durante mi recorrido y han sido muy comprensivas.

Bien, el asunto es que a Mariano se le desdibujó esa adorable sonrisa que me llevaba, que ocultaban lo más bien la cara de preocupación y las ojeras, y le dijo entono más prepotente aún, que sólo saldría cuando se lo pidiera "por favor". Después de una acalorada discusión, la famosa enfermera tuvo que pedir que saliera "por favor", de muy mala gana, pues conociendo a Mariano, sólo podían moverlo de allí con algunos guardias. Se calmo la controversia, mi amor se despidió de mí y salió furioso.

De nuevo quedé sumergida en esa rutinaria soledad. Por suerte, existían esos momentos en que " las muchachas de blanco", mezclaban sobre mi piel una fragante colonia con crema. Claro que no era ese el motivo de mi alegría. La verdad es que era entretenido escucharlas conversar, aunque sólo fuera entre ellas. Además, la falta de invitación no me impedía participar y pensar mi opinión.

Lo que no me gustaba para nada era cuando me secaban el pelo. Nunca vi el secador, pero podía escuchar su tedioso andar, que se confundía con el chacharear de dos voces por detrás de mi cabeza. La persona que hacía el trabajo olvidaba cambiarlo de lugar y mi cabeza se calentaba de manera horrible. Con mucha serenidad, aguardaba en silencio repitiéndome:

- aguanta, aguanta que tarde o temprano lo tiene que mover...

Sabía que esa incomunicación me estaba matando de angustia. De hecho, di un respiro cuando aceptaron que estaba encerrada detrás de mis ojos. Creí que mis penas iban a terminar, pero para mi desgracia, no resultó como esperaba. Un parpadeo para un "Si", y dos por los "No" ¿Quién más que mi familia iba a tener tiempo y paciencia para aprender ese nuevo lenguaje? No me quedó otra opción que distraer mi soledad con los dramas de otros pacientes, o las voces de las muchachas, tratando de arreglar sus vidas.

Más días pasaron, y felizmente, otras personas se dirigieron a mí. Recuerdo a una señora bien simpática que ahora sé que era kinesióloga. Ella se encargaba de mover mis piernas, e incluso una vez se rió y me dijo algo (Es que me dio mucha tos y terminé escupiéndola

en la cara) Una mañana con ayuda de alguien más, me sentó en una silla. Me sujetaron con una sábana, y me llenaron de cojines ( Ahí supe que mi espalda pesaba y no se podía erguir)

Mi cabeza caía sobre mi hombro sin ninguna intención, y ni siquiera lograba sostener la mandíbula. Me sentía como una gelatina a la que le habían dado forma de persona. Quizás sea muy fuerte describir el despojo humano que era, pero para pesar mío, no había otra realidad. Aún así, los descubrimientos no progresaron, es más, pasaron a un plano muy lejano a mi interés. Apenas ellas se fueron, noté que me dolía la espalda y más todavía el pecho, ya que el peso de mi tronco descansaba como cemento sobre esa asegurada amarra. No importa cuanto tiempo estuve, para mí fue como la eternidad misma. Cada segundo pensaba en que no iba a soportar más, pero no por eso terminaba el infierno. Gracias a Dios, me dormí o perdí el conocimiento.

Como este, quedaron innumerables desenlaces truncados. Hasta desconozco todos los pormenores del día que regresé a mi casa. Tal vez sea lo mejor. No me gustaría revivir esos nefastos episodios. Eso sí, recuerdo bien una ambulancia, y la almohada de funda rosa en la que apoyaba mi cabeza. Los que conducían la ambulancia, la olvidaron en mi cama y yo no lo lamenté, pues pensé que después de haber sufrido tanto, un trozo de esponja blanda y cómoda, era lo menos que me merecía.

Lo que parece que nunca voy a poder olvidar, es esa fatídica mañana de sábado en que todo esto empezó. Recuerdo como si fuera hoy, la charla que tenía con Mariano. Recuerdo que inocentemente, se entrometió en nuestra amistosa conversación, lo que le daría un gran vuelco a nuestras vidas. Atrás y dentro de mi cabeza, algo muy suave y tibio se expandía. Al mismo tiempo, se iba escapando todo el control que yo tenía sobre mi cuerpo. Sin saber si preocuparse o no, Mariano me preguntó que pasaba, pero sólo obtuvo balbuceos incongruentes que intentaban ser una respuesta. Trató de sentarme al borde de la cama poniendo su brazo en mi espalda, pero mi cabeza se fue hacia atrás como la de un niño de pecho. Me recostó con cuidado y salió a pedir ayuda. Los demás integrantes de la familia esperaron asustados a mi papá. Me envolvieron en la sábana y me subieron al auto. Con todos los nervios encima, mi papá trataba de poner la llave para echarlo a andar, mientras decía "Dios mío, Dios mío", dándose cuenta que la cosa iba muy en serio. Desde atrás, Mariano trataba de tranquilizarme. Con los escasos y desordenados movimientos que me restaban, hice señas de querer escribir. No tenía nada que decir, pero

estaba muy asustada y no quería perder el único lazo que me unía al resto. Desgraciadamente, el lápiz que me habían colocado entre los dedos, desapareció sin que tuviera fuerza para sostenerlo. Había perdido el escaso contacto con el exterior que me quedaba. Dejé de lado los infructuosos intentos por levantarme. Es que ya no me quedó energía para seguir luchando contra lo desconocido. Me quedé recostada en el asiento, mirando pasar las frondosas copas de los árboles a través de mi ventanilla. Las distintas voces que no sabían para donde ir, se fueron alejando hasta desaparecer, y ya no supe más.

Luego de un angustioso peregrinaje, en horas de la tarde nos recibieron en un lugar en el que sí podían hacer algo por mí. Aunque ya no estaba consciente, debo haber tenido chispazos de lucidez, porque hubo un lapsus corto de tiempo en el que recuerdo el ruido de una camilla y el sol fuerte pegándome en la cara. (Me carga el sol en la cara, me hace sentir enferma) También recuerdo extraños ruidos, máquinas, mesas frías y luces parecidas a las de un interrogatorio.

Por mucho tiempo, ni yo ni nadie supo con certeza lo que me ocurrió. Jamás se me pasó por la mente que una joven estudiante de Arte, inteligente y bonita, se podía enfermar así de repente, sin que en apariencia mediara motivo alguno. Tuve que empezar desde el principio a hacer todo de nuevo como si fuera la primera vez. Incluso debí aprender a tragar la saliva que se me acumula en la boca (aunque aún, sí miro televisión, me río o lloro, boto un poco y ensucio mi ropa) Sólo después de varios meses de mi accidente vascular, que nunca se supo por que diablos me dio, me diagnosticaron un infarto cerebral continuo. Han pasado muchas cosas desde entonces. He perdido todo lo que alguna vez pensé que me pertenecía. Sin embargo, han sido años en los que he descubierto en mí, más ganas de recuperarme de las que jamás sospeche tener. Aunque sin duda, lo que más rescato de toda esta experiencia, es lo mucho que he tenido que aprender. Porque ese infarto, no sólo hizo explosión en mi vida, me obligó a conocer el mundo desde una silla de ruedas.

fin